

**“¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!”**  
**Traducción y comentarios de una selección**  
**poética de Thomas Merton**

Sonia Petisco Martínez

*“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien quiera perder su vida por mí, la encontrará” (Mt 16, 24-26)*

El presente escrito reúne una inquietante selección de poemas de Thomas Merton vertidos al castellano, que representan lo que podría denominarse “poética de la disolución”. Son vislumbres todos ellos que expresan de forma privilegiada su proceso de desprenderse del mundo y de sí mismo, siendo –como veremos– ambas cosas inseparables. Lejos de desembocar en un pesimismo nihilista, la denuncia de Merton a las formas de sumisión a la realidad y a las identidades particulares constituye un referente de gran aliento en su obra, verdadera fuente de inspiración, de gozo y de vivas consideraciones, por cuyos derroteros invito a perderse a todos los lectores.

Comenzamos con un inefable y conmovedor poema titulado “Macario el Joven”, incluido en el libro *Emblemas de una Estación de Furia* (1963). A modo de leyenda, esta composición se inspira en la vida de los Padres del Desierto, aquellos eremitas y cenobitas del s. IV y V que con profundo fervor religioso acataron la máxima del Evangelio: “si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos” (Mt 19, 21-22) y por los que Merton siempre sintió gran admiración<sup>1</sup>. Estos hombres santos se despojaron de todas sus pertenencias, de-

---

<sup>1</sup> Thomas Merton, *La Sabiduría del Desierto* (Madrid: BAC Minor, 1997).

jaron su casa, su padre y su madre, sus hijos y todas sus heredades, y se retiraron a vivir en soledad a los desiertos de Egipto, Palestina, Arabia y Persia, para de este modo dedicarse a la oración y la contemplación (*quies* o dulce reposo), la entrega incondicional al amor de Dios y el servicio a los hermanos en la caridad y la compasión.

El poema se basa en *Historia Monachorum*, de Rufino de Aquileya (345-411 d.C), y dice así:

Macario el joven

I

El lugar donde habitaba  
Se llama Scete.

En el desierto abierto  
A un día y una noche de viaje  
Desde los monasterios de Nitria.

Ninguna carretera, ningún sendero  
Ninguna señal  
Muestra el camino  
Sólo las estrellas guían.

Escasa es el agua:  
Y si se encuentra  
Hiede a alquitrán  
Pero se puede beber.

Pocos viven allí  
Alejados  
Verdaderos hombres de Dios  
Sólo habitable  
Para los iniciados.

Existe un gran amor entre ellos  
Y también para cualquiera  
Que logra llegar tan lejos.  
Si algún viajero  
Alcanza este lugar  
Recibe sumos cuidados  
Quien recorre tales inmensidades  
Los necesita.

II

Un día alguien trajo un racimo de uvas a Macario en Scete.

Él, olvidándose de su sed, se las llevó a otro  
Que estaba enfermo

Éste a cambio, feliz y agradecido a Dios por tanto amor  
Se las entregó a otro.

Así, los frutos fueron pasando de celda en celda alrededor del desierto  
No sabiendo nadie su procedencia.

Hasta que finalmente uno de ellos se acercó a Macario, diciendo: "Aquí  
Tiene, Padre, buenas uvas.  
Acéptelas, le refrescarán".

Entonces Macario se alegró de ver la virtud de estos hombres  
Que vivían ocultos en el Desierto de Scete<sup>2</sup>.

Es obvio que los citados versos están aludiendo a las palabras de Jesús pronunciadas en la última cena por dos o tres veces: "Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado" (Jn 15, 12). Los cuatro evangelistas insisten en ello y San Juan desarrolla largamente en su evangelio esta cuestión, que efectivamente es como sabemos una especie de invitación a la comunidad. El mandamiento nuevo del amor significa ratificar esta comunidad (*Congregavit nos in unum Chriti amor*), o sea abandonar la particularidad o personalidad de cada uno en aras de eso que es "amaos los unos a los otros", con este plural indefinido a que nuestras lenguas apuntan. En este sentido, el símbolo de las uvas representaría la muerte del individuo que precede a la resurrección de la comunidad o resurrección del *Logos*, muerte que supuso para él una lucha encarnizada respecto a su percepción del mundo, destrucción y olvido de su propia persona, su máscara, su disfraz, la peor de las miserias<sup>3</sup>. Es imposible definir en qué consiste este espacio, nos dirá. "Apuntamos a algo mucho más lejos de nosotros

<sup>2</sup> *The Collected Poems of Thomas Merton* (New York: New Directions, 1977), 319-20. La tercera parte de este poema se ha omitido en esta selección. Usado con permiso de New Directions Publishing Corp.

<sup>3</sup> Thomas Merton, *Nuevas Semillas de Contemplación* (Santander: Sal Terrae, 2003), 300.

mismos. No podemos comprender lo que es. Pero sabemos, por el lenguaje de nuestra teología, que todos somos miembros del Cristo místico, y que nos reunimos todos en Aquel para quien fueron creadas todas las cosas”<sup>4</sup>. Vayamos pues al desierto entre los corazones que se entregan a Jesús, *beata solitudo* que no es diálogo narcisista sino caridad compasiva, cordial amistad, secreta filia<sup>5</sup>.

\*\*\*\*

El siguiente poema, tan lúcido como audaz, con el que proseguimos nos recuerda inmediatamente a T.S. Eliot en *The Waste Land* y a García Lorca en *Poeta en Nueva York*. Dicha composición se incluye en su libro *Early Poems* (1940-1942). Está dedicado al lugar donde Merton permaneció varios años siendo estudiante de Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia, antes de convertirse en monje y es una afrenta directa, un genuino retrato del mundo neoyorkino cuando ya había dado comienzo la segunda contienda mundial, sobre una Europa arrasada por los bombardeos en sus grandes metrópolis. En nuestra opinión, estos versos se vinculan a las predicaciones de Lucas 6, 29: “Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra”.

Merton no calla y como ritual dolorido y jubiloso va desgarrando la vida cotidiana de la ciudad progresada, especie de prisión donde las masas sobreviven alienadas y sometidas a la vanidad de la fe que rige el mundo. Con un ritmo inusitado y equívoco irá resucitando a lo largo de todo el poema una lluvia sucesiva de imágenes, grotesco escenario que denuncia la monotonía, el hastío, el lujo, el derroche y la superficialidad de la sociedad americana. Toda una suerte de ilusión colectiva basada en falsas ideas, fantasías, y diversiones que el poder les impone. Cómplices somos –viene a de-

<sup>4</sup> Thomas Merton, *La montaña de los siete círculos* (México: Porrúa, 1999), 424. Según Virginia Randall, uno de los temas principales de la poesía de Merton es precisamente “el misterio del yo trascendental, de ese yo que no es nadie que ha ido más allá del yo individual y que se encuentra, por tanto, en comunión con todo.” Virginia F. Randall, “The Quest for the Transcendent Self: The Buddhist-Christian Merger in Thomas Merton’s Poetry,” *Cithara* 17.1 (November 1977): 17-18.

<sup>5</sup> Merton, *Nuevas Semillas de Contemplación*, 72.

cirnos— perfectamente acomodados en un mundo desintegrado y estéril que ha perdido todos sus fundamentos morales y sufre la tristeza y la condena cada vez más tremenda a la individualidad personal, tema sobre el que más tarde abundará en su ensayo “La lluvia y el rinoceronte”<sup>6</sup>. Como Berenguer, el protagonista de la obra de Ionesco, el poeta desafía a la manada entera y se lanza así imperiosamente a descubrirnos un engranaje de ficciones que resume la mentira de la realidad, lugar de donde parte, sin duda, toda su rebelión, toda su fuerza creadora. Su grito en contra del dinero y la pobreza, verdadera suma de la modernidad, será la evocación final con que concluye este poema al servicio de una latente reflexión posterior por parte del lector.

El poema reza así:

Himno de poca loa a la ciudad de Nueva York

Cuando las ventanas del West Side chocan como címbalos al caer la tarde  
Y cuando el viento gime entre las antenas del East Side  
A lo largo de la calle treinta y cuatro  
En todos los vertiginosos edificios  
Los ascensores crujen y chirrían las rejas de sus cabinas  
Entonces los hijos de la ciudad,  
Abandonando las guaridas de monos de sus oficinas y apartamentos,  
Con la mayor dificultad abren sus bocas y cantan:  
  
“¡Nueva York: Reina entre las ciudades de la Tierra!  
Deliciosa como un pastel, vulgar como un donuts,  
Lujosa como la piel, y disparatada como la cocaína,  
Nos embelesa tu agitación  
Tu enorme rostro de banca fastuosa  
Dando a conocer al loco mundo la abundancia de tus caudales!

“Esta es tu noche para hacer maracas con todas esas monedas de metal  
París está en prisión y Londres muere de cáncer  
Es el momento para que dances como un derviche  
Reina de la inventada paz  
Permite que la excitación de tus congas mutiladas

<sup>6</sup> Thomas Merton, *Incursiones en lo indecible* (Santander: Sal Terrae, 2004), 19-32.

Suplante a los vales de las más resplandecientes  
Capitales bombardeadas.

“Entre tanto, mientras tú bailas, nosotros, tus hijos  
Llorando aturcidos en nuestro zoo de cristales  
Atiborrados de aspirinas

Trataremos de impedir que nuestra jaula se derrumbe sobre nosotros.  
Todo el tiempo nuestras mentes se colmarán de estas súplicas  
Brotando sigilosamente pulso a pulso.  
Nos servirán de oración:

“¡Oh Nueva York! ¡enciérranos en las cómodas prisiones de tus cines!  
Envíanos a tus semiprivados hospitales de pago y a los pálidos manicomios  
De los repelentes parties,  
Condénanos de por vida a los penales de tus bares y clubs nocturnos,  
Y déjanos para siempre turulatos soportando los azules de neón  
Que impregnan las blanqueadas enfermerías de tus restaurantes,  
Y las clínicas de tus colegios y oficinas  
Y los quirófanos de tus salones de baile.

“Pero jamás nos des explicaciones, incluso aunque preguntemos  
Por qué todo nuestro alimento sabe a medicina  
Y hasta nuestras flores más frescas huelen a funeral.  
No, jamás nos permitas averiguar sobre la cuestión de  
quiénes entre los ricos tiritando en sus despachos recalentados,  
Y entre los pobres durmiendo de bruces sobre el periódico  
están vivos, y quiénes están muertos”<sup>7</sup>.

\*\*\*\*

El desprecio de Merton por la vida metropolitana fue cada vez en aumento. Fiel a los designios del destino, nuestro monje sintió la urgente necesidad de iniciar el viaje desde la ciudad irreal (Londres, Nueva York), a la ciudad paradisíaca (la comunidad trapense)<sup>8</sup>. Así, a principios de los años cuarenta, optó por retirarse a vivir a la Abadía de Nuestra Señora de Getsemaní (Kentucky). Cuando ingresó en el monasterio en 1941, escribió el siguiente

<sup>7</sup> Merton, *Collected Poems*, 19-21. Usado con permiso de New Directions Publishing Corp.

<sup>8</sup> Fernando Beltrán Llavador, *La Contemplación en la Acción* (Madrid: San Pablo, 1996), 73.

poema del que nos vamos a ocupar titulado “Una carta a mis amigos” dirigido a sus amigos y compañeros universitarios Robert Lax y Edward Rice con los que compartió muchos momentos de estudio y conversación durante su etapa estudiantil en Columbia. Disfrutaron de una amistad íntima y de una estrecha colaboración que germinó en la creación de la revista *The Columbia Jester*. En el verano de 1939, pasaron todos juntos varios meses estivales en un pequeño *cottage* situado al oeste del Estado de Nueva York, entregados a la lectura, entre otros textos, del impenetrable *Finnegan's Wake* de James Joyce y a la escritura<sup>9</sup>.

Pero preciso es recordar que en modo alguno fue la salida de Merton hacia la Jerusalén trapense una evasión sino todo lo contrario, un sendero para ahondar en su verdad interior e ir al reencuentro de “la realización de la vida de Jesucristo en el alma”<sup>10</sup>. Como reconoció en una obra posterior, “Estaré perdido en Él: es decir, me encontraré a mí mismo”<sup>11</sup>. La primera estrofa, según veremos, comienza estableciendo un paralelismo entre su monasterio, Nazareth, lugar de nacimiento de Cristo, y “la soledad divina” habitada por aquellos que “más que temer amamos ... estas espinas, el dulce espinoso del ave fénix” que en el poema podría contemplarse como símbolo de la cruz. Estos monjes se han adentrado en esta simbólica tierra baldía para abrazar la pasión de Cristo pero también su inmenso amor; el poeta los describe como “almas escindidas bajo su disfraz” que “se encuentran en el Cristo silencioso durante el oficio divino de maitines”. Su morada es el propio cuerpo místico, templo indestructible que aunque se derrumbe se levantará en tres días. Por ello el poeta enfatiza el hecho de que allí “toda vuestra desolación se reconstruye / a la par que vosotros os destruí” y se asoma a la metáfora de la “rígida puerta de nuestro desierto”, rememorando la advertencia bíblica de: “¡qué estrecha es la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran” (Mt 7, 13-14).

<sup>9</sup> Michael Mott, *The Seven Mountains of Thomas Merton* (Boston: Houghton Mifflin, 1984), xxii-xxiii, 127-28.

<sup>10</sup> Thomas Merton, *Ascenso a la Verdad* (Buenos Aires: Sudamericana, 1954), 24.

<sup>11</sup> Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, 58.

El poema dice así:

Una carta a mis amigos

Al ingresar en el Monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní, 1941

Esta santa Casa de Dios  
Nazareth, donde Cristo vivió de niño,

Estos cobertizos y claustros

Incluso estas piedras y travesaños viven en el abrazo  
De un sol más puro, pájaros más exóticos, y flores más hermosas.

Perdidos en un desierto de tigres y leones  
Mas que temer amamos estos muros sagrados,  
Estas espinas, el dulce espino del ave fénix.

Mas que temer, amamos esta soledad divina  
Donde las almas escindidas bajo su disfraz  
Se encuentran en el Cristo silencioso durante el oficio de maitines.

Nosotros que durante mucho tiempo hemos deambulado por aquellas

Multitudes perdidas,

(Adiós, ciudades angustiadas y tristes)

Nosotros que hemos vagado como los trenes lastimosos que ahora escucho

(¡Fuera, ciudades entristecidas!)

Nosotros oramos por vosotros aquí.

Aquí toda vuestra desolación se reconstruye a la par que vosotros os destruís

Con vuestros funestos saberes.

Aquí en la Casa de Dios

Y en este Monte Santo,

Los campos se hermanan al cielo generoso

Mientras la reluciente luz de las estrellas, alimenta como el maná,

Toda nuestra áspera tierra y la bendice.

¡Y mirad, cada ruina es una Jerusalén,

Y las ciudades enfermas resucitan como Sión resplandeciente!

¡Jerusalén, estas murallas y bóvedas

Estos emparrados y fragantes graneros

Rígida puerta de nuestro desierto,

Arcos, ventanales, y torres!<sup>12</sup>

\*\*\*\*

<sup>12</sup> Merton, *Collected Poems*, 90-92. Usado con permiso de New Directions Publishing Corp.

Cristo se convierte así en el centro de la vida de Thomas Merton. Durante los primeros años en la abadía dedicó gran parte de su inspiración literaria a la composición de poemas que expresan su anhelo de unión íntima, perseverando en su camino espiritual y en el duro esfuerzo de alcanzar su propio desprendimiento. El más alto y emocionante ejemplo dará pie al siguiente poema, que ocupa un rango central dentro de esta selección, y cuya traducción ofrecemos a continuación, no sin antes realizar algunas breves observaciones.

En un contexto simbólico natural de viñas y campos de trigo que claramente hacen referencia al pan y al vino de la Sagrada Comunión, la composición celebra un ágape, las nupcias entre Cristo y el hombre que tienen lugar en el misterio de este sacramento de la Eucaristía o *sacramentum unitatis*<sup>13</sup> que nos regala el don del amor, la dicha de renacer en Cristo, como él mismo anunció: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Jn 6, 56). Iníciase así este canto enardecido: "¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!" Pero conviene aclarar la formulación: ¿Una huida de dónde?, tenemos derecho a preguntarnos. El poeta parece desvelarnos que se trata de una huida de las cárceles de la carne, de la prisión del cuerpo individual y por tanto del alma individual (pues no hay cuerpo propio sin un alma que lo posea), en definitiva un claro intento de la anulación de la persona. No sabemos qué es cuerpo, en verdad no sabemos qué es cuerpo, se hunde en lo más hondo y es ajeno a toda facultad superior: inteligencia, entendimiento, voluntad. Otros términos con connotaciones negativas como "muerte", "oscuridad", "noche", se contraponen a lo largo de estos versos con vocablos que apuntan a la Majestad divina.

La paradoja aparece así como elemento esencialmente intrínseco al viaje espiritual: la voz lírica vive en tiniebla ("sácanos de la noche" suplica), pero es una tiniebla que ya es luz, es la luz que irradia en y desde Cristo. Es la tiniebla que precede a la aurora, que es ya aurora, la tiniebla presente en toda la tradición mística desde Dionisio Areopagita y que fue tan bellamente cantada por San Juan de la Cruz, poeta que Merton leyó en profundidad y al que debe muchas de sus imágenes más penetrantes como ésta del

<sup>13</sup> Thomas Merton, *El Pan en el Desierto* (Buenos Aires: Sudamericana, 1955), 100.

vuelo. Se trata de un vuelo hacia la libertad que otorga el gozo de no desear nada, de no retener nada, de no tener que hacerse cargo de uno mismo, en resumidas cuentas, de no existir. Todos lo sabemos y hemos experimentado alguna vez, aunque solo sea por vislumbres, como suele suceder.

Leamos el poema:

#### La Comuni3n

¡Oh, dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
¡Oh qu3 secreto tan inteligente rompe las cárceles de la carne!  
¡Porque somos fugitivos, entre los radiantes viñedos,  
Y viajamos celebrando la abundancia de los trigales,  
Para encontrar a nuestro héroe, en su templo de luz!  
¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
  
¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
¡Las viñas quiebran nuestras cadenas con sus risas!  
Nuestras almas vuelven a casa tan serenas como las bóvedas celestes  
¡Las trampas que la muerte, nuestra sutil cancrbera, nos tiende  
Se diluyen en los rayos de luz!  
¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
  
¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
¡Despeja nuestra tiniebla! ¡Sácanos de la noche!  
Y haznos libres para ser prisioneros de estos campos  
(donde, entre las vides, el suave y misterioso sol  
engendra en el vino nuestra eterna salvaci3n)  
¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
  
¡Usurparemos tus viñas e invadiremos tus colinas de trigo,  
Hasta que nos encierres, Jesús, en tu cárcel de luz!  
¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!<sup>14</sup>

\*\*\*

<sup>14</sup> Merton, *Collected Poems*, 40-41. Usado con permiso de New Directions Publishing Corp.

En un primer momento, Merton fue providente en imaginar que la vida contemplativa en Getsemaní le ayudaría en ese camino de negaci3n. Llegó a escribir que el monasterio es “un lugar donde yo desaparezco del mundo como objeto de interés para habitar en todas partes desde la compasi3n y el secreto. Para ser omnipresente tengo que llegar a ser nadie y cualquiera”<sup>15</sup>.

Durante los inicios de su estancia en el claustro, consideró que incluso su vocaci3n literaria podría suponer un obstáculo para la contemplaci3n, como así dejó manifestado tanto en su prosa como en su poesía. En uno de sus pasajes autobiográficos leemos:

Existía esta sombra, este doble, este escritor que me ha seguido al claustro... Se supone que ha muerto. Pero está de pie y me encuentra en el umbral de todas mis oraciones, me sigue en la iglesia. Se arrodilla conmigo detrás del pilar, el Judas, y me habla todo el tiempo al oído ... Y lo peor del caso, tiene a mis superiores de su parte. No le expulsan. No puedo librarme de él ... Nadie parece comprender que uno de los dos ha de morir<sup>16</sup>.

A pesar de todas estas vicisitudes Merton redactó varios libros bajo la obediencia de su Abad, entre ellos *Figures for an Apocalypse*, de donde extraemos un poema que presentaremos a continuaci3n. Nunca dejaría de escribir sino que por el contrario su espíritu literario le acompañaría a modo de un “Sinbad burden” durante toda su vida (recordemos cómo éste transportaba siempre un “hombrecillo” sobre sus hombros). De forma prodigiosa aprendió a reconciliar sus dos vocaciones de monje y poeta, llegando a reconocer en la escritura un medio de creaci3n, crítica y contemplaci3n<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> Thomas Merton, “Honorable Reader”: *Reflections on My Work*, ed. Robert E. Daggy (New York: Crossroad, 1989), 65.

<sup>16</sup> Merton, *La montañ a de los siete círculos*, 420.

<sup>17</sup> Sonia Petisco, *La Poesía de Thomas Merton: Creaci3n, Crítica y Contemplaci3n*. Tesis doctoral (Madrid: Publicaciones de la Universidad Complutense, 2005) (Formato digital).

He aquí el poema:

El poeta a su libro

Páginas compañeras, ha llegado el día temido de nuestra despedida  
¿Quedará algo bendito en esa mitad de mí que habéis devorado?  
¿Fuisteis en perfecto voto de obediencia, mi Cruz  
Enviada para entregar mi vida a Cristo escribiendo?  
¿Cómo florecerán las semillas en el surco de estos papeles?  
¿O sólo me he desangrado para sembraros de piedras y cizaña  
Perdiendo el tiempo por sumisión de mi propia voluntad?

¿Se magnificará tu pequeña sombra en la hora final  
Nublando la entrada en la blanca luz de eternidad?

¿Y te llevaré de nuevo, en el Purgatorio  
Alrededor de mí como un cilicio de fuego?  
¿O te soportaré sobre mis hombros  
Como Sinbad su carga en un triste jubileo?  
¿Es así como me convertirías en doble perdedor,  
Tú traidor insaciable,  
Que pagas con las oraciones y alegrías que me robaste,  
En mis mañanas trapenses?

Vete, charlatán testarudo,  
Descubre tu destino en los ruidosos confines del mundo  
Y prueba (si tus manos están limpias) el alcance  
De tu paciencia:  
Utiliza las rimas que perturban mi silencio  
Y emplea tus centavos de plegaria  
Entre el griterío de las avenidas vacías de Cristo:

¡Y trata de rescatar al menos un prisionero  
De entre aquellas barreras de coches, de entre los engranajes  
De tanta infelicidad!<sup>18</sup>

\*\*\*\*

Con el tiempo, Merton comenzó a tomar conciencia de que la vida contemplativa de su comunidad se caracterizaba por una religiosidad demasiado exteriorizada o ritualizada, a veces incluso un

<sup>18</sup> Merton, *Collected Poems*, 192-93. Usado con permiso de New Directions Publishing Corp.

tanto superficial, basada en ideales o abstracciones y en una auto-complacencia poco sincera. Al final de los años cincuenta, este hecho le sumergió en una profunda crisis vocacional, “la guerra que llevo en mis entrañas” como él mismo la describe en el poema “El Remordimiento de Conciencia” que presentamos a continuación. Esta apasionante reflexión compleja y sutil fue censurada por ser calificada de “neurótica” y en un principio no fue publicada, aunque Merton la distinguió como una de sus mejores creaciones. Fue alumbrada por nuestro monje como respuesta al ataque mordaz que el escritor británico Graham Greene plasma en su obra *El americano impasible* respecto a la ausencia de acción en un mundo lleno de injusticia, y refleja el profundo deseo del poeta de trascender la actitud de mero espectador para involucrarse más activamente en los problemas del mundo que le rodeaba<sup>19</sup>.

A este propósito escribe:

El remordimiento de conciencia

¡Graham Greene!, al leer tu último libro,  
He sabido por qué detesto la leche  
Tú has diagnosticado la guerra que llevo en mis entrañas  
Contra la inocencia, contra la madre muerta  
Ésta que ha sido mi famoso refugio  
Durante veinte años.

Este lugar único que reivindica la paz  
Es precisamente la celda  
Donde se planea y realiza el mayor daño  
Entre nosotros los silenciosos  
Y yo vivo entre los más discretos.  
Aquí estamos, como víctimas, creando conflicto  
Amando la compasión y el desconocimiento  
Con el que la luz permanece inflexible  
En nuestro virtuoso cirial.

<sup>19</sup> “Estoy preparado para una confrontación de los problemas del s. XX,” escribe en su diario de esos años. Ver Thomas Merton, *Conjeturas de un espectador culpable* (Barcelona: Pomaire, 1967), 8-9.

Y ahora ha llegado tu libro  
Para atormentar la desventurada conciencia de los justos  
Y la guerra aflora como dura prueba para el corazón.  
No por caridad rehusamos odiar  
Sino por pereza.

Ay, si yo fuera menos encarnizadamente sumiso  
Y pudiese de nuevo recobrar cierta malevolencia  
Y decir a la gente lo que siento  
Quizás los odiaría menos  
Por haberme amado así.

Lo sé: la decisión es inquebrantable  
Nunca retornaré. No puedo de nuevo volver  
A aquellos queridos lugares donde la vida fecunda  
No es del todo ajena.  
¡No puedo otra vez contemplar  
El mundo de tanto pecado y tan alegremente cometido!

A pesar de todo, ¡mira Greene! ¡Cristo está allí.  
No en este edificio cándido  
Sino allí, allí, andando por todas partes  
Andando entre el humo y no en nuestro aire puro,  
Sino allí, allí, justo en medio  
De los pecadores!

¡Y aquí estoy yo, vaso en mano  
Bebiendo las beatitudes pasterizadas  
Y guerreando con el maldito Ohio en mi sangre!

\*\*\*

En resumen, Greene, ¿me puedes decir  
En qué va a acabar todo esto?  
¿Me salvaré todavía,  
Y rasgaré el silencio finalmente con ese grito  
Al que siempre he temido?  
¿Escandalizaré tanto a estos inocentes  
Que incrédulos me arrojen fuera de estas destartaladas granjas  
Y llegue al cielo con la cruz al cuello?<sup>20</sup>

Como hemos comprobado, intenso fue el debate espiritual, la furiosa contienda de Merton contra su propia imagen de escritor de obras piadosas. Su crítica de la inactiva ociosidad e ignorancia dentro de su propio monasterio y de una Iglesia que no responde al paso del tiempo es latente. Hay incluso un momento en el poema en el que parece arrepentirse de su decisión de haberse convertido en monje. Su lucha interna fue adquiriendo poco a poco unos matices ciertamente dramáticos como nos muestra el siguiente poema pleno de melancólicas constataciones que nos acompaña. Su larga y contradictoria meditación se deja sentir aquí más viva y desnuda que nunca<sup>21</sup>.

¿Existe dicha en la amargura?

Esta tarde, permitidme  
Estar triste. ¿Acaso  
No puedo (como otros hombres)  
Estar cansado de mí?

¿Acaso no es lícito sentirme vacío  
O caer en el abismo  
O fracturar mis huesos  
En la trampa que yo mismo  
Me he tendido? Oh, amigo mío,  
Yo también he de pecar y pecco.

Yo también debo herir a mis semejantes y  
(puesto que no soy ninguna excepción)  
Ser odiado por ellos.

Por tanto, no me prohibáis  
Probar vuestro mismo veneno amargo  
Ni beber la hiel en la que el amor  
(el amor más que cualquier otra cosa) tan fácilmente se transmuta.

No me neguéis (una vez más) sentirme  
Colérico, resentido, desilusionado,  
Anhelar morir.

<sup>20</sup> Este poema fue publicado por Patrick F. O'Connell en su ensayo "Sunken Islands: Two and One-Fifth Unpublished Merton Poems," *The Merton Seasonal* 12.2 (Spring, 1987): 6-7. Halló el manuscrito en el archivo Curtis Brown de la Friedsam Memorial Library de la Universidad de St. Bonaventure.

<sup>21</sup> En uno de sus libros ya había señalado: "Decir que he nacido en pecado es afirmar que... vine a la existencia bajo el signo de la contradicción." *Nuevas semillas de contemplación*, 54.

Mientras la vida y la muerte  
Se debaten dentro de mí,  
Dejadme tranquilo. Puedo ser feliz,  
Incluso más que otros hombres, en esta agonía.

Sólo  
Rogad (quienquiera que seáis) por mi alma. Recordadle a Dios  
Mi nombre, porque en mi amargura,  
Apenas converso con Él; y Él  
Mientras está ocupado en afligirme  
No quiere escucharme<sup>22</sup>.

\*\*\*\*

Con la venerable profundidad que lo distingue como pensador y *homo religiosus*, Merton se dispone para la única guerra que merece la pena vivirse, la guerra contra la falsedad de su persona y contra la balumba de mentiras demoledoras y aplastantes de la realidad. Fue esta encarnizada lucha fecunda fuente de inspiración para la mayor parte de su poesía crítica que compuso durante los años sesenta en torno a una gran variedad de problemas contemporáneos que estaban afectando a una sociedad convulsa y desequilibrada. Obras como *Emblems of a Season of Fury*, *Cables to the Ace* o *The Geography of Lograire* aparecen como una implacable denuncia de la confusión y el error en el que vive la llamada cultura occidental y la equivocación que impregna toda su herencia política, religiosa, filosófica y científica. Se percibe en ellas una gran añoranza por parte del poeta de desaprender lo aprendido, “de no saber”. Matando el saber se mata la muerte, se nos dirá de una manera un poco axiomática. Estamos ante uno de los momentos más clarividentes del pensamiento mertoniano.

En este sentido, florecen los siguientes poemas, que precisamente hunden sus raíces en la rica tradición mística apofática cristiana pero también en el Budismo Zen<sup>23</sup>. En el primero de ellos

<sup>22</sup> Merton, *Collected Poems*, 231-32. Usado con permiso de New Directions Publishing Corp.

<sup>23</sup> Bonnie B. Thurston, “Zen Influence on Thomas Merton’s View of the Self,” *The Merton Annual* 1 (1988): 17-31.

escuchamos con preciosa simplicidad esa incompatibilidad del ser con la vida, como contradicción perpetua. Un misterio que abraza y se consume en lo verdaderamente ajeno a conciencia, según concibió Merton también en su libro *Nuevas Semillas de Contemplación*: “la contemplación que es precisamente la conciencia de que este ‘yo’ es en realidad ‘no yo’ y el despertar del ‘yo’ desconocido que está fuera de la observación y la reflexión es incapaz de hablar acerca de sí ... Su verdadera naturaleza consiste en estar oculto y ser anónimo y no identificado en la sociedad, donde las personas hablan de sí mismas y unas de otras<sup>24</sup>”.

El poema se titula “Cactus floreciendo en la noche”, noche quieta y silenciosa, felicidad agreste abrasada por la plenitud del vacío.

#### Cactus floreciendo en la noche

Conozco mi hora, que es oscura, silenciosa y breve  
Porque únicamente me hago presente sin previo aviso durante una noche.  
Cuando llega el alba a los dorados valles me transformo en una serpiente.

Aunque sólo muestro mi yo verdadero en la tiniebla y  
Ningún hombre puede contemplarme  
(Porque aparezco diurnamente en forma de sierpe)  
No pertenezco ni al día ni a la noche.

Nunca el sol ni la ciudad observan mi inmaculada campanilla blanca  
Ni presienten mi instante de vacío sin tiempo:  
Nadie responde a mi magnificencia.

Quando despierto alimento mi súbita Eucaristía  
Con la alegría insondable de la tierra  
Puro y pleno, obedezco al espíritu del cosmos  
Complejo e íntegro, más que arte soy pasión arrebatada  
Profundo y excelso placer de las aguas esenciales  
Sacralidad de la forma y regocijo de la substancia:

Soy la suma pureza de la sed virginal.

<sup>24</sup> Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, 29-30.

Ni enseño ni oculto mi verdad  
Mi inocencia confusamente se divisa  
Y sólo por gracia divina  
Como una nívea caverna que carece de explicación.

Aquel que contempla mi perfección  
No se atreve a nombrarla  
Cuando definitivamente abro mi impecable campanilla  
Nadie cuestiona mi silencio  
El sabio ruiseñor de la noche emerge de mi boca.

¿Lo has visto? Entonces, aunque mi gozo pronto se desvanece  
vivirás por siempre en su canción:  
Ya nunca serás el mismo<sup>25</sup>.

\*\*\*\*

De manera profética escribió los últimos versos con los que concluyo como un verdadero ejercicio de meditación que halla correspondencia en el mito bíblico de la expulsión del paraíso pero también en los sutras orientales y en la forma de expresión budista de *kensho*. Son la enunciación tácita de lo innominado, del viento que no sabe de nombres, del amor sin nombre que tiembla siempre por debajo de todos los razonamientos de Merton. Todo esto es bastante revelador y maravilloso y pone de relieve las explicaciones que un día me transmitiera en Getsemaní el Padre Mathew Kely: "Merton no pertenecía a nadie. No podía ser categorizado, etiquetado, clasificado, el fuego ardía y no sólo consumía a su persona sino a todos los que estábamos a su lado". Dejemos que hable el poema:

La caída

Hay un no-lugar en ti, un paraíso que no es ningún sitio y allí  
No entras excepto sin historia.

Penetrar allí implica hundirse en lo innombrable.

<sup>25</sup> Merton, *Collected Poems*, 351-52. Usado con permiso de New Directions Publishing Corp.

Quienquiera que habite allí no tiene hogar porque carece de identidad y de puerta por la que salir y entrar.

Quienquiera que esté en un no-lugar es nadie, y por tanto no puede Existir salvo como no-nacido: Ningún disfraz le será útil

Alguien así ni se pierde ni se encuentra.

Pero quien tiene un domicilio está perdido.

¡Caen, caen en apartamentos y están confortablemente instalados!

Coinciden en las calles. Se les autoriza  
A desplazarse de un enclave a otro  
Ya reconocen sus nombres propios  
Pueden designar a sus amigos y saber  
Que sus teléfonos deben sonar alguna vez.

Aunque todos los teléfonos avisen al unísono, todos los nombres sean proclamados a la vez, y todos los coches colisionen en un mismo cruce:

Aunque todas las ciudades exploten y se conviertan en ceniza  
No obstante las identidades se niegan a desaparecer. Hay una denominación  
y un número para todos.

Hay un lugar definido para los cuerpos, hay nichos para las cenizas:  
¡El dinero puede comprar tal seguridad!

¿Quién se atrevería a caminar sin nombre en un universo tan seguro?  
Sin embargo, si somos sinceros, sólo los innominados se sienten en su casa.

Ellos llevan consigo en el corazón de un no-lugar la flor no-nacida:  
Éste es el árbol del paraíso. Permanece oculto hasta el fin de toda palabra,  
de todo argumento<sup>26</sup>.

\*\*\*\*

<sup>26</sup> Merton, *Collected Poems*, 354-55. Usado con permiso de New Directions Publishing Corp.

Con generoso atrevimiento han ido apareciendo y desapareciendo significativas intuiciones a lo largo de esta selección a las que Merton regresa fielmente una y mil veces como principio de vida, como labor de crítica y del más descarnado descubrimiento. No podemos desentendernos de estos ejemplos. En ellos se nos exhorta continuamente como razón viva a no respetar la realidad como verdad, a no tener miedo de no ser, de no tener sitio en este mundo, a liberarnos de esa penosa carga de ideas que nos constituyen, a desprenderse, despojarse, desasirse de esa especie de yo sometido al tiempo, que cómo pesa, cómo dificulta, cómo entorpece todo. Recomendaciones que me gustaría esculpir hoy en el tímpano de esta iglesia<sup>27</sup> con todas las gracias de los cielos.

---

<sup>27</sup> El Auditorio Municipal de San Francisco (Ávila), bellamente restaurado y el lugar de celebración del Congreso en el que la autora recitó esta selección de poemas, traducidos por ella misma, el 28 de octubre de 2006, acompañados de sus propios comentarios [Nota editorial].